que comerías mejor con nosotros que solo: con que hijo, trae la cesta.

La buena esposa extendió la servilleta sobre el césped, y empezó la comida.

—¡Qué bueno está! dijo Jacobo: ¡con este alimento ya se puede trabajar!

—¡Bien lo necesitas! contestó Florencia enjugando con su delantal la frente cubierta de sudor de su marido, y echando á Ramon una mirada furtiva; luego añadió:

—Tú trabajas para mantener la casa: yo trabajaré para que nada te falte.

Al concluir la comida, y despues de recoger en la cesta todos los utensilios, Florencia sacó su calceta y se puso á trabajar cerca del sitio donde cavaba Jacobo.

Ramon, confuso, rojo como la grana, se sentó á la orilla del arroyo que guarnecia uno de los costados del campo.

—¿Hay vergüenza para ver así á ese chico? exclamó Jacobo clavando en su hijo una mirada encendida.

—¡Chist, silencio! murmuró Florencia, poniendo la mano en la boca de su marido: con tus insultos nada adelantarás; y yo *por la buena*, te aseguro que lograré más de lo que te figuras!

Jacobo miró sonriéndose á su mujer, y luego, volviendo á tomar su azada, se puso á cavar con nuevo vigor.

XVI

¡Victoria!

Al anochecer volvieron á la aldea Jacobo, Florencia y Ramon, y entraron en su casa.

La cena, hecha ya, exhalaba un delicioso olor, y se comió con gran apetito.

Mientras que cenaba, Jacobo no se hartaba de mirar el aspecto risueño y aseado de su vivienda, antes tan triste, descuidada y sombría.

—¡Parece otra casa! decia á Florencia: ¡qué limpia! ¡qué blanca! ¡Jamás la habia visto así!

—¿No sales de casa? preguntó Florencia mientras recogía la mesa.

—Sí, dijo él: me iré, segun acostumbro un rato á la taberna.

Florencia sintió un dolor en el corazon al decir su marido estas palabras: ella creia que, al ménos los primeros dias de su boda, podria contar con la compañía de Jacobo: no obstante, conociendo su génio, calló y siguió despachando sus quehaceres.

Cuando su marido cogió su manta para salir, ella le dijo con dulzura:

—¿No tomas dinero?

—¿Para qué?

—Para pagar lo que gastes.

—No: le debo al tabernero ya dos ó tres duros.

—Pues págaselos hoy, ya que á Dios gracias los hay en casa, y en adelante paga al contado lo que gastes.

Jacobo fué al arcon y tomó tres piezas de plata: luego dijo á su mujer:

—Si tardo, acuéstate.

—No pases pena por mí, dijo Florencia haciendo un esfuerzo para sonreirse.

Y alumbró á su marido, que bajó la escalera lentamente y como de mala gana.

—Acompáñame, Ramon, dije Florencia al muchacho así que volvió á entrar en la cocina. Vamos á casa de la señora Rita.

El chico se puso en pié, y ambos pasaron á una casa de muy buena apariencia, situada enfrente de la suya.

En una gran cocina, en cuyo hogar ardía un robusto tronco, habia una anciana venerable, rodeada de una porcion de niñas de todas edades.

Eran nietos suyos, huérfanos y encomendados á su cuidado.

—Bien venida, hija mia, dijo la señora Rita á Florencia: ¡ola! ¿es éste tu hijastro? ¡Guapo muchacho! ¿Y qué oficio aprende?

—Hasta hoy ninguno, señora Rita, respondió Florencia.

—Pues ya es hora de que elija alguno: hijo mio, Dios nos manda ganar el pan.

—Él lo ganará, señora; pero hasta que llegue este caso, tenemos poco, y quisiera yo hacer algo para tener más.

—¿Qué quieres decir, Florencia?

—Yo me explicaré: oí el otro dia á mi madre que Vd. buscaba una persona que cosiera algunas piezas de ropa.

—Sí, hija: camisas y calzones para estos niños, que rompen mucho.

—Pues bien, señora, yo los coseré.

—¿Tú? exclamó la anciana, admirada.

—Yo: además, lavaré la ropa de la casa, si como me han dicho, Vd. piensa darla á lavar.

—Pero hija: ¿no te han dado tu dote?

—Mi abuelo no me ha dado nada, señora Rita.

—¡Dulce nombre de Jesús! ¡Es esto verdad!

—Tan verdad como el Evangelio, señora Rita: y mientras Dios nos da hijos, quiero ayudar á mi marido, que solo gana tres reales de jornal.

—Dios te bendecirá, hija mia, porque Dios bendice siempre el trabajo honrado.

—Pero me dará Vd. costura, ¿no es verdad?

—Sí por cierto, y ahora mismo.

La anciana se levantó: fué á una gran al-

hacena que se veia en el costado de la cocina y sacó un enorme rollo de lienzo.

—Toma, dijo, corta camisas y sábanas hasta que se acabe; cada sábado por la noche me traerás la labor concluida, y yo te pagaré á peseta la pieza: si quieres hacer el lavado, ven mañana á recoger la ropa.

—Gracias, señora Rita, y quédese Vd. con Dios, dijo Florencia levantándose.

—¡Que! ¿Ya te marchas?

—Sí, señora; Ramon y yo estamos aquí, y hemos dejado la casa sola.

—Pues adios, hija mia, y cuando te falte trabajo, acude á mí: y tú, Ramon, aprende luego á ganar el pan, para no ser gravoso á tus padres.

Ramon no respondió, y salió con Florencia.

Esta encontró á su madre y á su hermana en su casa, que habian ido á verla.

—¡Yo creí que por las noches te vendrias á casa! dijo Baltasara en tono de reconvencion.

—Madre, respondió Florencia: si yo salgo de casa, Jacobo, persuadido de que me divierto, se irá á la taberna todas las noches: y si ve que me estoy sola, quizás perderá la costumbre de ir á tan mal sitio.

—¿Y si no la pierde?

—A lo ménos llevará consigo la pena de proceder mal conmigo.

—Siempre he dicho que sabias tú más que todos nosotros juntos, dijo Baltasara mirándola con admiracion: pero, añadió, viendo que Florencia desdoblaba el lienzo y se ponia á cortar; ¿qué traes ahí?

—Es costura que he ido á pedir á la señora Rita, madre.

—¿Tú trabajar para otro?

—¿Por qué no? Jacobo gana poco.

—¡Ah, pobre hija mia! exclamó llorando la señora Baltasara, mientras su hija cortaba sábanas con toda tranquilidad.

—Madre, respondió Florencia: ¿á qué viene afligirse así? El trabajo es bueno, y Dios le bendice: solo es triste y amarga la ociosidad.

—Madre, dijo una voz á su espalda: desde mañana, yo tambien trabajaré.

Volvióse Florencia y vió á su hijastro detrás de ella con aire confundido.

—¿Tú, tú trabajarás, hijo mio? le preguntó.

—Sí, señora: que no es justo, ni regular, que Vd. y mi padre se estén matando para mantenerme á mí.

—¡Bien por Ramon! dijo Trinidad.

—Solo una cosa siento, prosiguió el muchacho.

—¿Cuál? preguntó con ánsia Florencia.

—Que no sé de que modo decir á mi padre que me enseñe á trabajar con él: ¡como me aborrece tanto!

—Yo arreglaré eso, dijo Florencia: mira, esta

noche, así que entre y se siente, le dices estas palabras:

«Padre, me ha de perdonar Vd. todo lo malo que he hecho hasta hoy; desde mañana quiero aprender á trabajar, y á ser bueno.

—¿Y nada más?

—Nada más; pero esto lo has de decir, con humildad, y con intencion verdadera de cumplirlo.

—¡Vaya si lo cumpliré! ¡hoy se me ha hecho un dia tan largo!

—Y cada uno que pases en la ociosidad, se te hará más; con que, desde mañana, al campo.

—Bien dice doña Agueda, exclamó Baltasara levantándose para irse: tu matrimonio será un lazo de flores!

Baltasara y su hija salieron de casa de Florencia; la primera llena de gozo: la segunda poseida de tristeza y comparando el risueño porvenir que se preparaba á su hermana, con el sombrío que Dios parecia destinarle.

En efecto, Andrés, cada dia más oprimido y más reprendido por su abuelo, por su suegra y por su mujer, se iba haciendo cada dia más rebelde, cada dia más iracundo: aquel jóven, dotado en la opinion de todos de un carácter angelical, era violento, voluntarioso é insolente hasta un punto increible, y su mujer, cuyo carácter estaba tambien maleado por el mimo excesivo de su abuelo, pasaba el dia en llorar, arrepentida de su desacertado casamiento.

Poco despues de haberse ido la señora Baltasara y Trininad, llegó Jacobo á su casa.

Eran las diez de la noche. Florencia, sentada delante del hogar, tenia á su lado una mesita que sostenia un pequeño velon de hojadelata, y cosía con afan en una de las camisas de los nietecitos de la señora Rita.

Ramon, sentado en el hogar, lucia con un paño de lana y ceniza cernida dos cacerolas de cobre, echadas á perder desde hacia mucho tiempo por un extremo descuido.

Jacobo se sentó junto al fuego, y reparó al instante la ocupacion de su mujer.

—¿Qué haces? le preguntó: ¿por qué no te has acostado?

—He preferido esperarte, y me he entretenido con la costura.

—Si hubiera sabido que tú estabas sola, no hubiera yo salido de casa.

—Me ha hecho compañía Ramon.

—¡Buena compañía! murmuró Jacobo.

—¿Por qué no? repuso Florencia, con voz levantada y con acento tan rápido, que cubrió las rudas é imprudentes palabras de su marido. Ramon es un buen chico, y él te lo va á probar.

Al decir estas palabras, fijó la jóven sus ojos en el semblante del muchacho, haciéndole una seña muy expresiva; éste se levantó dócilmente y se acercó á su padre, encarnado como una amapola, y con los ojos bajos.

—Vamos, ¿qué quieres? preguntó Jacobo con un acento ménos duro que el que solia emplear con el muchacho.

—Quiero, padre, que me perdone Vd. todo lo malo que he sido hasta hoy.

—¡No ha sido poco! repuso Jacobo.

—No importa, Jacobo; dijo Florencia: perdónale, y así se enmendará.

—¿Enmendarse? ¡Qué poco le conoces!

—Padre, volvió á decir Ramon: desde mañana quiero ir al campo con Vd., y aprender á trabajar.

Jacobo levantó sorprendido la cabeza, miró á su hijo, y luego á su mujer.

Esta le hizo una señal con la cabeza para que le dijera que sí.

—Está bien, dijo Jacobo, procurando, aunque en vano, mantener la severidad.

—¿Le llevarás al campo desde mañana? preguntó Florencia.

—Sí, respondió, Jacobo.

—¿Y le perdonarás?

—Sí.

—Ramon, besa la mano de tu padre, dijo la jóven, haciendo que el muchacho se acercase á su marido.

El chico tomó tímidamente la mano de Jacobo, y la besó, dejando caer en ella una ancha lágrima.

—Jacobo, abraza á tu hijo, dijo Florencia.

Jacobo abrió los brazos, y el muchacho fué

arrojado en ellos por la mano bienhechora de su madrasta.

Oyéronse dos sollozos: uno salió de los lábios del padre: otro se escapó del pecho del hijo: eran el lazo que debia unir para siempre aquellos dos corazones rebeldes.

—Ahora, abrázame á mí, y vete á dormir, dijo Florencia á Ramon: mañana te llamaré temprano, para que vayas al trabajo.

El muchacho encendió el candil y salió dando las buenas noches con voz sumisa, y enjugando sus últimas lágrimas con el dorso de la mano.

—¿No te dije yo que al fin cantariamos victoria? exclamó Florencia dirigiéndose á su marido luego que Ramon hubo desaparecido.

—¿Qué has hecho para lograrla? preguntó Jacobo.

—Nada más que ponerle á la vista el trabajo: él mismo se ha aburrido de no hacer nada.

—¡Creo que eres una santa, Florencia!

—¡Ojalá! pero te engañas: ahora, Jacobo, vamos á rezar y á dormir.

Florencia sacó su rosario del bolsillo, y empezó á rezar: Jacobo no se acordaba de las oraciones que su madre le enseñaba cuando niño; pero oyendo á su mujer, acudieron á sus lábios.

Aquella noche durmió con un sueño más feliz y sosegado que el que disfrutaba hacia diez y seis años, porque la oracion es el alimento del alma.